

3963 PASTOR ARTURO JURADO
NO HARÉIS COMO EGIPTO Y CANAÁN
MIÉRCOLES 24 DE JUNIO, 2026



IGLESIA DEL EVANGELIO DE CRISTO

Vida Cristiana
GUATEMALA

Oficina: 15 Calle 3-37 Zona 10, Guatemala, Guatemala Tels.: 2363-6231 y 2337-4206
Templo: 15 Calle 3-48 Zona 10
www.vidacristiana.org.gt / info@vidacristiana.org.gt

3963 PASTOR ARTURO JURADO
NO HARÉIS COMO EGIPTO Y CANAÁN
MIÉRCOLES 24 DE JUNIO, 2026

Pues hemos estado estudiando el libro de Isaías y vamos por el capítulo treinta. Y esta noche el pastor me pidió, pues, que estudiemos algo referente a lo que hemos estado viendo en Isaías. Y es algo con respecto al Levítico; es algo muy especial. Hermanos, siempre la palabra es especial. Yo siempre digo: «Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino». Su palabra siempre nos alumbró, siempre nos dirige el camino. Su Palabra es viva y eficaz y nos enseña. Así es que vamos a hablar esta noche acerca de Egipto y Canaán. Vamos a irnos al Levítico dieciocho, capítulo dieciocho. Cuando lo tengan, me dicen: «Amén». No es un libro difícil de encontrar. Amén. Amén. Bueno, vamos a leer el capítulo, el versículo uno.

«Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y diles: Yo soy Jehová vuestro Dios. No haréis como hacen en la tierra de Egipto, en la cual morasteis, ni haréis como hacen en la tierra de Canaán, a la cual yo os conduzco, ni andaréis en sus estatutos. Mis ordenanzas pondréis por obra, y mis estatutos guardaréis andando en ellos. Yo, Jehová vuestro Dios». ¡La firma de Dios, verdad! «Por tanto, guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, los cuales haciendo el hombre vivirá en ellos. Yo, Jehová». ¡Su firma otra vez!

Y a partir del versículo seis hasta el diecinueve empieza a hablar de cosas morales que Dios le recomendaba al pueblo de Israel no hacer. Pues, como es la palabra, lo voy a leer. El... el versículo seis dice: «Ningún varón se llegue a pariente próxima alguna, para descubrir su desnudez. Yo, Jehová. La desnudez de tu padre, o la desnudez de tu madre, no descubrirás; tu madre es, no descubrirás su desnudez. La desnudez de la mujer de tu padre no descubrirás; es la desnudez de tu padre. La desnudez de tu hermana, hija de tu padre, o hija de tu madre, nacida en casa o nacida fuera, su desnudez no descubrirás. La desnudez de la hija de tu hijo, o de la hija de tu hijo, su desnudez no descubrirás, porque es la desnudez tuya. La desnudez de la hija de la mujer de tu padre, engendrada de tu madre, tu hermana es; su desnudez no descubrirás. La desnudez de la hermana de tu padre no descubrirás; es parienta de tu padre. La desnudez de la hermana de tu madre no descubrirás, porque parienta de tu madre es. La desnudez del hermano de tu padre no descubrirás; no llegarás a su mujer; es mujer del hermano de tu padre. El quince: La desnudez de tu nuera no descubrirás; mujer es de tu hijo, no descubrirás su desnudez. La desnudez de la mujer de tu hermano no descubrirás; es la desnudez de tu hermano. La desnudez de la mujer y de su hijo no descubrirás; no tomarás la hija de su hijo, ni la hija de su hijo, para descubrir su desnudez; son parientas, es maldad. No tomarás mujer juntamente con su hermana, para hacerla su rival, descubriendo su desnudez delante de ella en su vida. El diecinueve: Y no llegarás a la mujer para descubrir su desnudez, mientras esté en su impureza menstrual. Además, no tendrás acto carnal con la mujer de tu prójimo, contaminándote con ella, es adulterio. Y no des hijo tuyo...» ¡Póngale atención a esto! «...para ofrecerlo por fuego a Moloc; no contaminéis así el nombre de tu Dios. Yo, Jehová». Aquí lo asienta mucho, verán. «Por qué no te echarás con varón como con mujer? Es abominación. Ni con ningún animal tendrás

ayuntamiento, amancillándote con él, ni mujer alguna se pondrá delante de animal para ayuntarse con él; es perversión».

«En ninguna de estas cosas os contaminaréis; pues en todas estas cosas se han corrompido las naciones que yo echo de delante de vosotros». O sea, ¡Egipto y Canaán! «Y la tierra fue contaminada...» obviamente, contaminada por todo lo que ya leímos, «...y yo visité su maldad sobre ella, y la tierra vomitó sus moradores. Guardad, pues, vosotros mis estatutos y mis ordenanzas, y no hagáis ninguna de estas abominaciones, ni el natural ni el extranjero que mora entre vosotros (porque todas estas abominaciones hicieron los hombres de aquella tierra que fueron antes de vosotros, y la tierra fue contaminada); no sea que la tierra os vomite por haberla contaminado, como vomitó a la nación que la habitó antes de vosotros. Porque cualquiera que hiciere alguna de todas estas abominaciones, las personas que las hicieren serán cortadas de entre su pueblo. Guardad, pues, mi ordenanza, no haciendo las costumbres abominables que practicaban antes de vosotros, y no os contaminéis en ellas. Yo, Jehová vuestro Dios». ¡Otra vez la firma de Dios! Tremenda la palabra, ¿verdad?

Todo lo que habla aquí es... muchas de las cosas que estamos viendo en estos días, principalmente, es una, obviamente, una degradación profunda, moral y sexual, ¿verdad? Más adelante en el capítulo diecinueve, en el veinte y en el veintiuno, les habla también de otro tipo de... de... de reglamentos o de estatutos que ellos deben de respetar, que no vamos a hablar de eso el día de hoy. Vamos desglosando esto.

El uno al tres dice: «No haréis como hacen en la tierra de Egipto, en la cual morasteis, ni haréis como hacen en la tierra de Canaán, a la cual yo os conduzco, ni andaréis en sus estatutos. Mis ordenanzas pondréis por obra, y mis estatutos guardaréis andando en ellos. Yo, Jehová vuestro Dios. Por tanto, guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, los cuales haciendo el hombre vivirá en ellos». Otra versión dice: "vivirá por ellos, guardándolos", «Yo, Jehová».

Si desglosamos aquí esto, vamos primero a... a lo que es la palabra «estatuto». ¿Qué significa? Dios les dijo que guardaran sus estatutos. La palabra «estatutos» significa regla, norma, prescripción para dirigir la vida y la conducta. Obviamente Dios les dijo todo esto para que guardaran su vida y su conducta. El de no, y el Pastor Carlos se lo ha dicho, se escribe *c-h-o-q* [choq/jok] y denota una ordenanza que debe cumplirse. La palabra «ordenanza» significa norma o mandato establecido por Dios para que su pueblo lo cumpla. Representa un acto de obediencia, simboliza verdades espirituales profundas y realización de convenios. O sea, Dios les dijo aquí que no hicieran como en la tierra de Egipto, en la cual morasteis. Ellos obviamente estuvieron ahí en la tierra de Egipto por espacio... ¿de cuántos fueron, cuatrocientos treinta años? Fueron cuatrocientos años de esclavitud. Y, pues, bueno, no fue una esclavitud tan bonita como ellos la pintaron un día cuando estaban ya afuera de Egipto, ¿verdad? «Estábamos mejor en Egipto», dice.

En Jeremías diez, del dos al tres, dice: «No aprendáis el camino de las naciones, porque las costumbres de los pueblos son vanidad». Entonces aquí estamos viendo algo muy claro. Dios

les dijo que no hicieran cosas como las que hacían los egipcios. Obviamente estuvieron ellos ahí por años. Sabemos que el Egipto significa el mundo; para nosotros, hoy en día, significa el mundo. Y creo que más o menos saben por dónde nos vamos a ir en esta noche. Y Canaán, que era la tierra a donde Dios los iba a conducir después de sacarlos de Egipto. Pues, muchas veces la pintamos como Canaán, la tierra del desposorio, donde ya nos casamos con el Señor. Pero Canaán... hermanos, después del río Jordán está Canaán. Está primero Egipto, el mar... yo dibujándolas con el dedo, ¿verdad? ¡Síganme el dedo, por favor! Primero está... lo voy a hacer... ¿de qué lado, para que lo miremos en el orden? Primero está aquí Egipto, después cruzaron el Mar Rojo... ya saben este esquema, ¿verdad? Es bueno usar la imaginación, y mi dedo también. Después está el desierto; después atravesaron el río Jordán, más pequeño, y de ahí la tierra de Canaán.

Aquí, en la tierra de Canaán, es donde realmente las cosas no son gratis. Una cosa es la salvación, el bautismo en agua, el bautismo en el Espíritu Santo; son cosas gratis que tenemos en la vida cristiana en la que estamos viviendo. Después atravesaron el desierto; ahí empieza el trabajo. Ahí Dios los llevó al desierto para probarlos y para saber qué había en su corazón, no en el corazón de Dios, sino en el corazón de ellos. Dios ya sabía lo que había en el corazón de ellos. Dios ya sabía que ellos traían muchas cosas de Egipto, que las habían copiado: sus costumbres, sus conductas. Y el pueblo de Egipto, si algo traía, eran ídolos; traían idolatría. Vamos a ver por qué después de eso cruzan el Jordán y está Canaán. En Canaán realmente empieza la verdadera lucha del cristiano. Ahí encontramos a las naciones, encontramos a los gigantes, encontramos a los reyes y ahí, hermanos, es donde muchos tiran la toalla y muchos dicen: «pensé que esto era camino de color de rosas y que era un color de arcoíris y que todo gratis». ¡No! En este punto de Canaán empieza realmente; empezamos a conocernos ahí y empezamos a pelear nuestras propias batallas. Amén.

Hablemos ahora de Egipto, les dijo: «No haréis como hacen en la tierra de Egipto». Hay un historiador judío que existió hace muchos años; se llamaba Flavio Josefo. Investigué lo que él decía acerca de Egipto, las costumbres de ellos. Dice: eran totalmente idólatras y dependientes de sus ídolos. Esto da risa: se volvieron voluptuosos y holgazanes hasta la exageración. O sea, los egipcios eran meros haraganes también; solo se valían de los israelitas para que les hicieran los trabajos, porque como los tenían como... como esclavos, les ponían a hacer cualquier tarea. Dice: tenían amor por el lucro, vivían descontentos y envidiosos de los hebreos por su prosperidad y por el hecho de cómo ellos florecían. O sea, ahí era la contienda entre los egipcios y los hebreos y viceversa. Había algo ahí que no encajaba entre uno y el otro, entre la naturaleza de uno y del otro. El pueblo de Israel, el pueblo de Israel aprendió a ser idólatra como los egipcios. Cuando salieron, llevaban sus ídolos; menciona la Biblia ahí que llevaban el tabernáculo de Moloc y la estrella de Renfán, ¿eh? Esteban lo dice en el libro de Hechos y lo vamos a ver ahora.

Miremos aquí, en el versículo veintiuno del capítulo dieciocho dice: «Y no des hijo tuyo para ofrecerlo por fuego a Moloc; no contaminéis así el nombre de tu Dios. Yo, Jehová». Miremos lo que dijo Esteban en Hechos siete, cuarenta y tres, antes de morir; él da su discurso. Siete, cuarenta y tres dice: «Antes bien, llevasteis el tabernáculo de Moloc, y la estrella de vuestro

dios Renfán, figuras que os hicisteis para adorarlas». Se recuerdan que también adoraban al becerro. Ahora ya estamos hablando del pueblo de Israel, ya no de Egipto. Ellos traían cosas; fueron salvos, fueron libertados por Moisés, el libertador; Dios los libertó a través de él. Pero al salir todavía traían ídolos, todavía traían costumbres, traían... cosas que ellos vieron y que muchas veces, tal vez, desearon copiarlas, ¿verdad? Y el mundo, hermanos, muchas veces así es. Muchas veces, muchos de nosotros todavía traemos cosas del mundo y, de repente, en alguna actitud se ve algo mundano. ¿Sí o no? ¿Quién levanta la mano y dice: «Sí, yo soy culpable de eso»? Un enojo, por ejemplo, una ira; son cosas todavía del mundo. ¿Jesús fue enojado e iracundo? No, él fue manso y humilde. Pero Él nos va transformando poco a poco.

Ahora, aquí llama la atención tremendamente que ellos, el pueblo de Israel, caminaron en el desierto y Dios haciendo grandes prodigios y milagros en la vida de ellos; y, a la par de que ellos tenían el tabernáculo mosaico, tenían también, digámoslo así, en otras palabras, a escondidas tenían el tabernáculo de Moloc. ¿Se imaginan eso? Y lo que hacían en el tabernáculo de Moloc no era ningún chiste, era algo terrible: ofrecían a los hijos al fuego. Miren lo que... lo que significa el tabernáculo de Moloc; también lo... lo investigué con Flavio Josefo. Dice: Moloc era una deidad pagana de los cananeos. En la antigua religión cananea se creía que ofrecer lo máspreciado, o sea, en este caso a los hijos... ¡oigan esto! ...garantizaba la prosperidad, la riqueza, la comodidad y la victoria. ¡Guau! Representaba uno de los más crueles cultos oscuros. Investigué que actualmente hay excavaciones arqueológicas que confirman las costumbres de sacrificar a los hijos. ¿A qué les suena esto? Sacrificar a nuestros hijos de muchas maneras, por muchas razones aparentemente valederas. Hoy en día, muchas veces, cristianos sacrifican a sus hijos de una u otra manera en el nombre de Dios. Ustedes imagínense tantas cosas que hay en esto.

Yo recuerdo muchas veces con las cosas de Dios. Yo siempre le dije a mi familia: «pues aunque tenga trabajo, aunque sirva a Dios, yo voy a estar acá en casa, yo voy a estar aquí con ustedes y voy a tratar de darles el ejemplo en lo que sea necesario, hermanos». Porque podemos dar un gran ejemplo aquí en la iglesia, pero en la casa somos otro tipo de cosas. Entonces, en nuestra casa estamos ofreciendo nuestros hijos a Moloc, ofreciéndolos a un fuego extraño; y después no nos podemos asombrar de ninguna cosa que nosotros mismos no hayamos sembrado en nuestros hijos. Si hay una reacción o una... una respuesta muchas veces de nuestros hijos, es porque nosotros les dimos un mal ejemplo. Por eso es que el ser padre no es algo sencillo, pero ellos llevaban... llevaban este tabernáculo de... de Moloc a la par. Entonces, ¿se imaginan? Llevaban becerros, llevaban palomitas, palominos para ser sacrificados y ofrecerlos a Dios como una ofrenda de paz o para pedirle algo a Dios, y a la par de eso se iban por otro lado y ofrecían a sus hijos para quemarlos. ¡Dios mío! Eso no encaja. Así como hoy en día, hermanos, no encaja alguien que dice ser cristiano, pero su fruto no lo demuestra. La Biblia dice: «Por sus frutos los conoceréis». Por eso es que el fruto es importantísimo, no solo las palabras, no solo a la iglesia donde voy, etcétera.

El pueblo de Israel no dejaron su idolatría, sino que abrazaron lo nuevo que se les reveló y siguieron aferrados a lo viejo, a sus ídolos e imagen. También llevaban enraizadas costumbres y conductas de los egipcios. Yo recuerdo cuando me convertí, hermanos. Eso fue

hace... ¡Dios mío! ...hace cuarenta y siete años. Y fue en un campamento, «Monte Sión» se llamaba el campamento, y me hablaron de él. El campamento empezaba el día martes y terminaba el día sábado, y pues yo tenía unos deseos de ir y, bueno, fui. Me aceptaron, de trece años, y recuerdo que tenía tanto deseo de ser salvo, de salir del mundo. En el mundo no fui... miren, como dicen por ahí, «yo no tuve mundo»; todos tuvimos mundo porque todos salimos del mundo. Pero, ah, no tuve experiencias que muchos dicen: «yo hacía esto, hacía lo otro», experiencias desastrosas. Pero una cosa sí tenía, hermanos: mi cárcel o mi gran problema era la timidez. Y si ustedes no pueden creer que yo era una de las personas más... dichosas de todas, porque mientras seguramente ustedes no podían venir, yo pude venir a todos los servicios y yo estaba... había servicios que solo estaba el pastor Carlos, la Pastora y yo.

Y recuerdo que ese día empezaba a las diez de la mañana; yo estaba a las diez en punto de la mañana, y no más puse el pie en el campamento, dejé mis valijas y fui con el director del campamento y le dije: «Vengo aquí porque quiero aceptar a Cristo». Yo estaba desesperado, quería ya salir del mundo y tener un cambio en Dios que me cambiara la vida. Y, hermanos, me dice el director: «No, con calma, tómalo con calma. Hoy por la noche tendremos una... no, mañana tendremos una fogata y en la fogata vamos a hacer la... la... la invitación para aceptar a Cristo». «Es que yo no puedo esperar», le decía, «yo quiero ya recibir a Dios, y yo quiero saber qué es tener a Cristo en el corazón». Yo estaba desesperado, animado, estaba ilusionado, tenía una gran expectativa; y en eso él me baja de la moto, ¿verdad? Y... y hermanos, para no cansarlos, llegó el día siguiente, yo lo esperaba. Me recuerdo que casi no dormí. Yo decía: «Yo quiero aceptar a Cristo, yo quiero ser salvo, yo quiero salir del mundo; yo quiero ser salvo, yo quiero salir del mundo, yo quiero saber qué se siente estar en Cristo y ser renovado y transformado», según yo, iba a ser inmediato.

Y, hermanos, llegó el día de la fogata. Les estoy hablando que en el campamento, para los... para el grupo de jóvenes éramos ochocientos sesenta. El lugar yo no sé si existe, pero eran caballerías; y, hermanos, ¿se imaginan una fogata de ochocientos sesenta? El mismo... y bueno, fue de noche. Me acuerdo que hicieron la invitación y, a la mayor parte eran cristianos. Yo no bajé porque era un escenario, y aceptamos tres personas a Cristo nada más, y la gran fogata al centro. Y yo ya estaba orando cuando dijeron: «van a repetir con nosotros la oración para ser salvos». Yo ya estaba, ¡saber ni dónde!, pero estaba orando; hice la oración del pecador. Y, hermanos, yo no sabía qué pasaba, pero tenía tanta, tanta expectativa en mi corazón y en mi alma que cerré mis ojos. Hice la oración paso a paso, una por una. Y de repente tenía enfrente la fogata, y el fuego era una fogata grande y como el tamaño de la mitad de esto, creo yo, y el fuego subía. Cerré los ojos, y cuando cerré los ojos, de repente tuve una visión: ¡fuego! Parte del fuego de la fogata vi que se levantaba y vino hacia mí, y ese fuego cayó en mi cabeza. Y sentí lo caliente del fuego y cómo Dios me llenó. Hermanos, ahí lloré, ahí. Le dije: «Dios, te recibo; si tú eres fuego, te recibo». Yo no sabía lo que estaba recibiendo, ¿verdad? Tal vez juntamente con la salvación recibí el Espíritu Santo, no lo sé. ¿Qué pasó? Como decía el ciego: «No sé qué pasó, solo sé que ahora veo». Amén. Gracias a Dios.

Su fuego nos toca, su fuego nos cambia, su fuego nos transforma. Hay un principio que dice: «Todo lo que el fuego toca, lo transforma». Y miren, ese día fui cambiado, fui transformado, fui regenerado... pues en un principio, en teoría, y empecé mi vida; y... y hasta la fecha, estamos hablando de cuarenta y siete años que tengo de ser cristiano. Gracias a Dios, bendito sea su nombre. Dios puede hacer algo grande y nos puede sacar de un mundo donde estemos haciendo lo que sea, donde seamos lo que sea; no importa el pecado, Dios nos saca del mundo, y el mundo no sirve para nada, hermanos. El mundo no tiene nada bueno que ofrecerse. Hermanos, el mundo no tiene nada bueno que ofrecerse. Hermanos, el mundo no tiene nada bueno.

Hablemos ahora de los israelitas; también lo... lo investigué con el historiador Flavio Josefo. Primero dice la Biblia en Éxodo uno, para que no se multiplicaran, Faraón ordenó a las parteras: «Si es hijo, matadlo; y si es hija, que viva». Esto obviamente no se dio por las parteras, ¿verdad?, que Dios puso gracia en ellas y escondieron a los israelitas. Flavio Josefo dice: hablando de los israelitas, cómo los trataban, eran esclavos y abusaban de ellos como animales, los sometían a crueles abusos e idearon muchos medios para angustiarlos; les hacían abrir gran número de canales y terraplenes para el río, les hacían construir muros para las ciudades, les hacían levantar grandes construcciones... construyeron las ciudades de almacenaje Pitón y Ramesés, y con ello los agotaban, los hacían trabajar más y con mucha dureza. Nos obligaban a hacer toda clase de tareas difíciles. Su alimentación era de pésima calidad por ser esclavos; muchos morían por esto. Todo esto lo hicieron con ellos por cuatrocientos años. O sea, los trataban mal, ¡muy mal, verdad!

Y... y pues, obviamente, cuando salieron de Egipto, ellos salieron con aquella expectativa de ser libres finalmente de toda esa esclavitud que tenían, ¿verdad? Los egipcios eran malos con ellos, ¿verdad? Pero no porque eran malos tenían la excusa de tener el comportamiento que tuvieron cuando Dios los libertó, ¿verdad? Por ese mismo comportamiento que ellos tuvieron, solo dieron vueltas y vueltas y al final solo llegaron a la tierra prometida, que tuvieron que trabajar. Porque ahí fue donde Josué, uno de los mayores conquistadores que habla la Biblia, empezó a conquistar. Solo cuatro entraron... ¡y óigase bien! ...y los niños, eso me gusta decirlo. Trabajé con niños por diecisiete años y dice que es necesario que nos hagamos como niños para entrar al Reino de los Cielos. Los niños entraron a Canaán, o sea que tenemos que ser como niños también. Un niño es inocente, es dócil, es pasivo... aunque los de ahora, no sé, ¿verdad?, son diferentes, ya es otro nivel. Pero los cuatro entraron a la tierra prometida y, ¡ah! ...y bueno, entre ellos Josué, como digo, eh, fue un gran conquistador.

Hablemos de Canaán ahora. Dice: «no haréis como hacen en la tierra de Canaán». Los cananeos también eran idólatras: practicaban sacrificios de animales y de sus propios hijos al dios Moloc. Animales y gentes, ¿verdad? Hacían lo mismo, más otras cosas más. Los israelitas sufrieron cada vez mayores desdichas por su menosprecio de buscar a Dios: se dedicaron a vivir de acuerdo con sus placeres y su voluntad, hasta que su conducta se llenó con las mismas malas prácticas de los cananeos. No rendían a Dios los honores debidos ni obedecían sus leyes, y como resultado, sus aflicciones iban de aumento en aumento. Esto es

historia también, ¿verdad? Entonces, vamos a ir ahora a Levítico dieciocho y vamos a ver esta otra parte del veinticuatro al treinta.

Ya vimos las costumbres de Egipto, las costumbres de Canaán, cómo los maltrataban a los israelitas. Ya vimos Moloc. Ahora vamos a ver algo importante. El veinticuatro dice: «En ninguna de estas cosas os contaminaréis; pues en todas estas cosas se han corrompido las naciones que yo echo de delante de vosotros». Y la tierra fue contaminada... obviamente, contaminada por todo lo que ya leímos, «...y yo visité su maldad sobre ella, y la tierra vomitó sus moradores. Guardad, pues, vosotros mis estatutos y mis ordenanzas, y no hagáis ninguna de estas abominaciones, ni el natural ni el extranjero que mora entre vosotros (porque todas estas abominaciones hicieron los hombres de aquella tierra que fueron antes de vosotros, y la tierra fue contaminada); no sea que la tierra os vomite por haberla contaminado, como vomitó a la nación que la habitó antes de vosotros. Porque cualquiera que hiciere alguna de todas estas abominaciones, las personas que las hicieren serán cortadas de entre su pueblo. Guardad, pues, mi ordenanza, no haciendo las costumbres abominables que practicaban antes de vosotros, y no os contaminéis en ellas. Yo, Jehová vuestro Dios». ¡Otra vez la firma! Yo, Jehová Dios lo dijo: que no se contaminaran con las abominaciones, con las costumbres, con las cosas que el pueblo de Israel y de Canaán hacían, ¿verdad?

Miremos ahora, por ejemplo, a qué significa la tierra de Egipto en nuestro modo actual; la tierra de Egipto para nosotros. Aquí viene la aplicación. Para nosotros es fácil, ¿verdad? La tierra de Egipto es el mundo; nosotros salimos del mundo. Entonces, la tierra de Egipto representa para nosotros nuestro modo de vivir, ¿verdad? Hoy en día, hermanos, hay mucho cristiano que está caminando con lo que miramos acá, la estatura del tabernáculo, y por el otro lado con una vida moral que obviamente deja mucho que desear, como decimos en buen chapín, con un pie en la iglesia y con otro pie... eh... en el mundo. Hay mucho cristiano que aún todavía no ha salido del mundo y se nota por su fruto, ¿verdad? El fruto es algo muy importante. Ahora, el fruto a nosotros lo miramos de forma inmediata y muy rápida porque miramos el exterior y juzgamos a la persona: «No, esa persona todavía está un poquito mundana, esa persona todavía le falta». Tal vez esa persona está mejor que nosotros y nosotros estamos mal porque la estamos juzgando y la estamos señalando. Dios mira más allá de lo exterior, ¿verdad? Él mira más profundo; Él mira lo que hay dentro del corazón y sabe la intención de cada... de cada persona.

Pueda ser que esa persona realmente busque a Dios, pero pueda ser que no. Si hablamos del cristianismo de hoy en día, hermanos, el rapto va a ser una gran sorpresa. El número de los que esperemos ser salvos, que nos vayamos en el rapto... Amén, yo me quiero ir en el rapto. Deseo, así como «el Espíritu y la esposa dicen: Ven Señor Jesús», yo no me quiero quedar, hermanos. Pero si tengo cosas del mundo aún ahí en lo secreto, guardadas, viviendo con ellas, así como el tabernáculo de Moloc... pues obviamente uno, si se queda... si todavía hay mundo en nuestra vida, es donde uno realmente se debe de analizar. El mundo es el modo de operar, el modo de negociar; cómo negociamos. A mí me decían en los negocios, cuando yo trabajé por mi cuenta —trabajé treinta y cinco años como arquitecto en la construcción—

y me decían: «no des factura, ¿para qué? Ahórrate». Y muchos venían, y recuerdo que hacían sus presupuestos explotando a la gente, a los albañiles y trabajadores pagándoles muy poco, igual que los egipcios con sus esclavos; no pagaban impuestos. Y miren, yo en lo personal —suena feo decir yo, pero así era—, en mi trabajo traté de ser siempre lo más honesto y honrar a Dios: le pagaba a la gente lo que era justo por su esfuerzo, por su profesionalismo, pagaba mis impuestos. Y miren, hermanos, los trabajos me salían, y no solo me salían los trabajos, sino que muchas veces se me duplicaba o se me triplicaba la ganancia. Cuando uno honra a Dios en todo sentido, Dios lo bendice a uno, y las personas, hermanos, compañeros míos que decían: «no hagas esto, no hagas el otro»... miren, los proyectos salían perdiendo, salían haciendo préstamos bancarios y casi que en la bancarrota total.

Entonces, si honramos a Dios, no al estilo del mundo, sino al estilo de Cristo, Dios nos va a bendecir. Otra cosa: ser justos, pues debemos de analizarlo si somos justos en lo que hacemos, ¿verdad? En nuestro trabajo, en las cosas que hacemos. Sobornar... hemos oído de mucho cristiano que da soborno. Yo me recuerdo que en las construcciones siempre pasaban inspectores, y los inspectores no solo llegaban a supervisar el trabajo, llegaban por otra cosa. Creo que ahora ya no, pero querían... ya saben. Y yo le decía a mis trabajadores: «nunca les ofrezcan nada, yo tampoco les ofreceré nada». Y miren, pasaban, se iban, hablaba con ellos y les decía claramente: «Yo no le voy a entregar nada, yo quiero terminar mi proyecto tranquilo y en paz, lo tengo todo en orden», y no tenía problemas con ellos. Los compañeros míos que hacían eso de sobornar... miren, pasaban hasta siete... a uno que lo conocí, que pasaron nueve inspectores y a los nueve inspectores les tuvo que dar... ya. O sea, ¿por qué? Pues vamos a hacer algo en lo que las cosas sigan corriendo y corriendo, y sigan aumentando, y nosotros perdamos. Otro punto aquí es aprovecharnos de la gente: ser codiciosos, envidiosos, lucrar con lo ajeno, usar la mentira de muchas maneras. Entonces, hermanos, ¿podemos tener aún costumbres y amar al mundo? Sí. ¿Podemos amar a Dios y amar al mundo? Sí. ¿Podemos venir aquí a la iglesia y aparentar un cristianismo completo? Sí, pero solo Dios nos conoce. Amén.

La Biblia dice en Primera de Juan dos, del quince al diecisiete... ya el tiempo se me está acabando, hermanos. Miren lo que dice del mundo. Primera de Juan dos, quince al diecisiete: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo...» [Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre]. El mundo no nos da nada bueno, hermanos. O sea, saquemos al mundo de nuestro cuadro. Salimos del mundo y que el mundo ahí se quede con sus costumbres, con sus leyes, con sus estatutos; que el mundo haga lo que le dé la gana, que el mundo haga lo que quiera. Pero nosotros, si buscamos a Cristo, y si vamos para arriba y ponemos la mira en las cosas de Dios, sigamos cuesta arriba, cuéstenos lo que nos cueste, porque la vida cristiana cuesta. Ahora, vivir una vida dual también cuesta, pero ¡qué difícil! ¡Qué difícil estar siendo mundano y ser cristiano! O escogemos una cosa o la otra, pero decidámonos por Cristo. Cristo es la vida, es el manantial de vida. Él dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». La vida no está en el

mundo, y muchos quieren regresar al mundo siendo cristianos. Ya estamos por ver eso, hermanos, y se llama la apostasía; muchos van a regresar al mundo. ¿A hacer qué? No sé. Pero el mundo es un engaño si lo miramos en el cuadro de las jornadas de Israel. Si aquí está Egipto, aquí está el mar... Dios los sacó de Egipto al pueblo de Israel, ellos ya no podían regresar al mundo. ¿Por qué?

Porque allá habían atravesado un mar, y si querían atravesar a nado, ahí se quedaban. Entonces, de forma física, los israelitas ya no podían regresar al mundo de forma física. Nosotros no podemos regresar al mundo, aunque muchos cristianos sí lo hacen y regresan. Dice: «¡Ay de los que confían en el mundo!». Así dice Isaías treinta y uno, que eso, pues, lo va a tocar el pastor. Pero no podemos confiar en cosas vanas, en las normas, en los estatutos del mundo. ¡Ah! Podemos caminar y actuar como el mundo. Tengo unas citas, pero por tiempo no las leo. Trabajar como el mundo, pensar como el mundo... la Biblia dice que... vamos a leerlo, este... sí, en Romanos doce, dos, que renovemos nuestra forma de pensar. Dice... vamos a leer desde el uno: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo» —no os conforméis al mundo, parafraseándolo— «sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta». O sea, Dios quiere que nos transformemos. ¿Qué nos transforma? La Palabra de Dios. ¿Qué nos transforma? El Espíritu Santo. Y algo que les voy a decir que sí nos transforma es el hacer las cosas. Saber la Palabra de Dios de memoria o principios grandes y terribles de Dios es bueno, pero si no los ponemos por obra, eso no nos va a transformar por dentro. La palabra teórica puesta por obra es la que realmente nos transforma. Y Dios quiere cristianos transformados que pongan por obra la Palabra de Dios.

Miren, la palabra es esto: esto es un cerco. Los estatutos de Dios son un cerco, los mandamientos de Dios son un cerco y Dios ya trae un llamado para uno de nosotros, para... para todos nosotros. El llamado desde la eternidad pasada... ¿cómo es que dice antes, antes? ¿Y cómo es que dice? ¿No dice lo que dijo antes de que te conociera? Ya... ¿recuerdan ese versículo? No lo tengo en la mente ahorita, pero Dios ya trae un cerco para cada uno de nosotros. Nosotros traemos un cerco de Dios, y el otro cerco, decía el pastor en la convención, es el cerco que vamos formando con la Palabra de Dios, pero no solo la palabra que leemos o sabemos, sino la Palabra que hacemos. Yo puedo decir: «voy a construir un edificio» en forma teórica, pero si nunca empiezo a poner un ladrillo sobre otro y otro y otro, nunca va a ser un edificio. Así es la Palabra de Dios edificada. Yo puedo decir que... que soy salvo por la Palabra de Dios y que la Palabra me guarda, pero yo nunca edifico la palabra de Dios en mí y nunca voy a tener edificado un edificio hasta que empiece a ponerla por obra. ¿Se entiende eso?

Entonces, miremos ahora qué representa la conquista. La tierra de Canaán representa la conquista de nuestro corazón viejo, y esto lo voy a hacer en diez minutos, como dice el pastor —no tengo la habilidad de él—, pero que Dios me ayude. Nuestro corazón viejo... ¡ojigan esto! Cuando Dios nos saca del mundo, empezamos a descubrir que dentro de

nosotros hay todo un mundo del que Dios quiere librarnos. Y ese mundo se llama el hombre viejo y sus conductas. Los israelitas traían un hombre viejo, pues, que nunca conquistaron, nunca dejaron que Dios pusiera la lámpara de Él, de su palabra, de su Espíritu, para que los transformara y lo cambiara. Nosotros sabemos lo que dice la Palabra en Marcos siete, del veintiuno al veintitrés. Este versículo a mí, cuando lo entendí, me salvó el historial de mi vida, porque yo creía, hermanos, en mucho tiempo, como yo fui convertido a Cristo y entregué mi vida a los trece años, yo decía: «no hago nada malo», ya saben, bueno, no tengo nada malo, no tengo nada de qué arrepentirme. Y crecí y caminé mucho tiempo con esa excusa de la moral. Cuando yo leí este versículo —no recuerdo exactamente quién me lo explicó, pero fue en este mensaje— porque de dentro del corazón salen... ¡Dios mío! Empecé a ver todo lo oscuro y lo negro y las tinieblas que tenía adentro de mí, y me di cuenta de que el problema, como decía Pablo, la raíz del problema estaba en mí, no en el mundo.

Cuando uno ve que el mundo está dentro de uno, pues ¿qué hago? ¿Me quedo de brazos cruzados o empiezo a hacer algo yo en mis oraciones diarias? Hermanos, al abrir los ojos le digo: «Dios, primero gracias por este día, cumple tu plan en mi vida; pero te pido hoy: ayúdame a vencer mis propias batallas, ayúdame a pelear en contra de mi propia carne, en contra de mi conducta, en contra de lo que hay dentro de mí». No quiero ser el mismo de ayer, no quiero ser el mismo de ayer. Martes, hoy miércoles, amanecemos mañana jueves. Digámosle: «Dios, no quiero ser el mismo de ayer, jueves de ayer miércoles. Digámosle Dios, no quiero ser el mismo de ayer, jueves de ayer miércoles. Digámosle Dios, no quiero ser el mismo de ayer, jueves de ayer miércoles. Digámosle Dios, no quiero ser el mismo de ayer, jueves de ayer miércoles. Digámosle que cada día Él nos vaya transformando». La Biblia dice: «El crecimiento del justo es como la luz de la aurora, que va de aumento en aumento hasta que el día es perfecto». De aumento en aumento hasta que el día... vamos a ser maduros, hijos maduros, renovados y transformados.

Dice: Canaán también representa las pasiones de la carne. Y cuando Dios le pone su lámpara a algún área de nuestro corazón y lo vemos y no lo rendimos, entonces, al final, nos vamos a dejar esclavizar por las pasiones de la carne, ¿cierto o no? Los israelitas, por no acabar con... con las naciones del... de la... de Canaán, pues eran diez naciones y al final quedaron siete; siete que no pudieron vencer, siete que no las derribaron, siete que no las arrojaron, dice la Biblia. Y por no acabar con ellas empezaron a unirse en matrimonio y empezaron a multiplicarse, y después el problema se volvió peor. O sea, yo miro, por ejemplo, el testimonio o la vida del rey Salomón; saben que el rey Salomón, y ahí lo dice la Biblia, también hizo un altar para Moloc. ¡Guau! Dice Salomón... ¿pero si Salomón era sabio? Sí, sabio; pero se le fue un poquito, ¿verdad? Abrió... abrió su cerco y le dio rienda suelta a sus deseos. La primera mujer que tuvo Salomón fue una egipcia; la primera mujer que tuvo fue una mundana. Y la Biblia dice que nos unamos en yugo desigual... desde ahí, hermanos, desde primera instancia, ya Salomón iba con un pie aquí y otro pie aquí, construyendo el templo con sabiduría de Dios y con las mujeres. Empezó con una y terminó con mil. Salomón se volvió loco y cada una de esas mujeres tenía idolatría, tenía ídolos, tenían altares y una de ellas, o varias —no sé cuántas—, tenían a Moloc. Entonces, ¿se imaginan lo que hacía también él, verdad? No voy a hablar de Salomón, porque entonces allá arriba le voy a pedir

disculpas o perdón... no sé si llegó, no sé si llego. Empezaron a convivir con los cananeos; eso los debilitó espiritualmente. Al final no fueron solo siete naciones, sino también fueron los asirios, los moabitas, los amorreos, los egipcios. Y una vez se creyeron fuertes, los israelitas dejaron de luchar, confiaron en su propia fuerza, confiaron en su propio orgullo que ellos podían. Y dice que a cierta nación... no lo voy a leer por tiempo, pero está en, en Jueces uno, del veintiuno al treinta y seis.

Bueno, si, vamos a leerlo rápido, Jueces uno. Leamos aquí de manera rápida, dice Jueces uno, veintiuno: «Mas al jebuseo que habitaba en Jerusalén no lo arrojaron los hijos de Benjamín, y el jebuseo habitó con los hijos de Benjamín en Jerusalén hasta hoy». El veintisiete: «Tampoco Manasés arrojó a los de Bet-seán, ni a los de sus aldeas, ni a los de Taanac y sus aldeas, ni a los de Dor y sus aldeas, ni a los que habitaban en Ibleam y sus aldeas, ni a los que habitaban en Meguido y sus aldeas; y el cananeo persistía en habitar en aquella tierra». El veintinueve: «Tampoco Efraín arrojó al cananeo...». El treinta: «Tampoco Zabulón arrojó a los que habitaban...». El treinta y uno: «Tampoco Aser arrojó a los que habitaban en Aco...». El treinta y tres, tampoco: «Neftalí arrojó a los que habitaban en Bet-semes...». Y allí se queda, pero no los arrojó.

La palabra «arrojar» significa lanzar, tirar, derribar. Ellos tenían que derribar los altares, tenían que derribar a estos pueblos cananeos, y, sin embargo, se sintieron fuertes: se durmieron en sus laureles y no los arrojaron, no los sacaron. ¿Qué hicieron? Hicieron alianza con ellos, empezaron a tomar, dice la Biblia, a sus impuestos. O sea, empezaron a ver también parte de ellos, ¿verdad? Los israelitas traían esa imagen de los egipcios, ¿se acuerdan? Eran dados al lucro. Entonces, de una manera los... los israelitas, cuando no arrojaron a estas naciones, los vieron como símbolo monetario también para que esas naciones, al no arrojarlas, les dieran tributo, tributos o impuestos. Error grave. Una vez los aceptaron, no los arrojaron, no los derribaron... dice que empezaron a hacer alianza con ellos: las mujeres y los hombres obviamente se empezaron a casar en matrimonio y de ahí, hijos, y el problema se volvió incontrolable, se volvió mayor. O sea, ahí el pueblo de Israel, pues, realmente... error grave, grave, ya no tenían para dónde.

Entonces, hermanos, pues si nosotros de alguna manera... que estas... estas naciones representan muchas cosas que... que traemos del mundo, las seguimos manteniendo y hacemos alianza con ellas; nos casamos con ellas y decimos: «así estoy bien, así me siento bien haciendo mis cosas en lo privado y en lo secreto», donde nadie me ve haciendo mis negocios turbios entre semana, y el domingo vengo a la iglesia: «Hermanos, ¡cantemos! La palabra estuvo hermosa, preciosa». Salimos de esa puerta y vuelve otra vez el soborno, los malos negocios, no dar facturas... ¿entienden lo que estoy hablando? Ya entendemos muy bien eso. Recuerdo una de las expresiones que decía la hermana; la hermana decía: «Podemos... nosotros podemos caer en nuestro punto más fuerte». Ahora, explíquenme eso, ¿cómo funciona? Y ella lo empezó a explicar y dice: «Hay un versículo que dice: Aquel que crea estar firme, mire que no caiga». La palabra «fuerte» significa firme, y ellos se creyeron muy fuertes, muy firmes, y por eso se durmieron.

Entonces, ¿qué pasa en esto? Hay debilidades que nosotros tenemos o que traemos todavía, que están ahí metidas y ocultas del mundo. Nuestra carne es débil, ¿sí o no? Y muchas veces pensamos que ya esa área la tenemos dominada, que ya podemos dejarla en paz y no podemos, y no tenemos que estar orando, no tenemos que estar ayunando. Por ejemplo, ¿qué área le dijera yo? ¡A la codicia! La codicia es del mundo. De ahí los... los israelitas, los egipcios eran codiciosos y esa mentalidad traían también los israelitas, aplicado a nosotros. El mundo es codicioso y nosotros ya salimos de un mundo, pero si todavía tenemos codicia en nuestro corazón, tenemos que trabajar en eso. La Biblia dice: «Poned la mira en las cosas de arriba, donde la polilla y el orín no corrompen». ¿Qué otra cosa más dice de las cosas materiales? Hay otro versículo que no se me viene a la mente. Dice... ¡ah! ...no recuerdo, no recuerdo. Pero la codicia... la codicia puede hacer estragos en nosotros. Tantos estragos que, de repente, nos vamos detrás de las cosas materiales y empezamos a buscar cómo prosperar. Hay un mensaje por ahí, ¿verdad? Por eso es que hay tanto éxito en ese mensaje.

Si nosotros dejamos de orar por nuestras debilidades, la Biblia dice: «El que aportillare el vallado, lo morderá la serpiente». Si dejamos de orar por nuestras debilidades, hermanos, y... y dejar de trabajar en ellas, miren, el diablo se va a aprovechar de esa situación o de esa debilidad, ¿verdad? Por eso es que si, por ejemplo, tenemos codicia en nuestro corazón, hay que trabajar en eso, hay que trabajar en eso; Dios es el que nos provee todo. Ahora, si nosotros con nuestras propias fuerzas empezamos a querer hacer nuestras riquezas... dicho sea de paso, no estoy diciendo «no trabajemos»; hay que trabajar para comer cada día. Pero si ese trabajo se vuelve un afán, codicioso por las cosas de este mundo, y vamos a dejar la vida y el alma y las emociones, nuestra familia, todo por alcanzar las cosas materiales, por codiciosos... ahí hay problema, hay un problema muy grande.

Entonces, pidámosle a Dios que nos ayude a no creernos fuertes. Los israelitas se creyeron fuertes y empezaron a hacer alianza con estas naciones. Yo creo que ahí, pues, lo importante ya, ya, ya lo dije; hay otras cosas, pero ya no me dio tiempo. Uno piensa que cuando tiene aquí su esquema no le va a dar tiempo o que el tiempo se le va a acortar, pero a mí siempre me sobra más de la mitad, ¿no es cierto?, ¿no es cierto? Ya, ya terminé. Y el último punto: Dios le advierte a los israelitas que no cometan las mismas prácticas inmorales y corruptas que Egipto y Canaán cometieron; de vivir así y hacer igual, también la tierra los vomitaría. ¿A qué les suena esto? ¡Tibieza! La tibieza, hermanos.

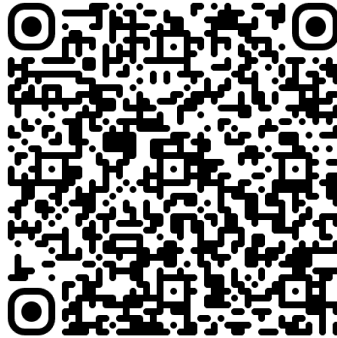
Dice en Apocalipsis tres, del catorce al veintidós, lo vamos a leer rápidamente y con esto terminamos. Apocalipsis tres, catorce al veintidós dice: «Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero...». Por cierto, que leí en la historia que dice que en... en Laodicea, hablando del lugar, existían como túneles que llevaban agua, y existían túneles de agua fría y agua caliente, y cuando se mezclaba obviamente producía agua tibia. Miren cómo se aplica lo que dice aquí: «Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y

vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre».

Si vencemos, hermanos, vamos a obtener el trono. Se recuerdan la prédica tan linda que nos dio el hermano Luis Hurtado: «llegar al trono». Vencer es lo que Dios quiere: Dios quiere que vencamos las cosas del mundo, las costumbres del mundo. No somos del mundo, somos de Cristo, y Cristo ya nos rescató; Él ya dio su vida por nosotros, ya murió por nosotros. No tenemos por qué estar experimentando cosas nuevas del mundo. El mundo es barato, no sirve para nada, no tiene nada bueno. Nosotros vamos hacia Dios, hacia la Nueva Jerusalén. Entonces, hermanos, actuemos como cristianos, no al cien por ciento, sino que al ciento veinte por ciento, como la Esposa del Cordero; como cristianos verdaderos, fieles, que estamos venciendo cada día ese Egipto y ese Canaán que hay dentro de nosotros, ese mundo que hay dentro de nosotros. Amén. Les voy a pedir que nos pongamos de pie y vamos a orar despidiéndonos en esta noche.

Te damos las gracias, Padre Santo, por tu amor y tu bondad. Gracias, Señor, porque Tú nos sacaste del mundo de las tinieblas, Señor, a la luz, Señor admirable, en Cristo Jesús; nos has hecho reyes, sacerdotes, linaje escogido, nación santa, Señor, para anunciar las virtudes de Aquel que nos salvó. Señor, tus virtudes, tu carácter, tu naturaleza, tu forma de ser, es la que constantemente nos salva y nos redime y nos cambia. Pensar en ti, Señor Dios Padre, en todo tiempo, es lo que nos cambia, Señor... Señor, nuestra forma de caminar. Gracias por tu palabra, ayúdanos a ponerla por obra. Señor Dios Padre, ayúdanos, Señor Dios Padre, a ser fieles, genuinos, sinceros, verdaderos. Señor Dios Padre, todo lo que haya en nosotros que a ti no te agrade, Padre, te pedimos que nos ayudes, Señor, a vencer mis propias batallas, Señor. El apóstol Pablo decía: «He peleado la buena batalla, he corrido la carrera, he guardado la fe». Que nosotros podamos decir lo mismo, Señor; Señor, pelear esta buena batalla, Señor, hasta llegar a ser la esposa del Cordero. Padre, ayúdanos, Señor; Te lo pedimos en el nombre de Jesús. Gracias por tu palabra bendita, Señor, ayúdanos a ponerla por obra. Padre, al salir de tu casa, en el nombre de Jesús, te agradecemos. Amén. Dios los bendiga, hermanos.

Estimado lector, si esta prédica fue de bendición para usted, no dude en compartirla y encontrar más prédicas maravillosas en el siguiente código QR. ¡Qué Jesucristo nuestro Señor le bendiga!



IGLESIA DEL EVANGELIO DE CRISTO

Vida Cristiana

GUATEMALA